Núm. 47.

EL DELIRIO,

Ó

LAS CONSECUENCIAS DE UN VICIO.

ÓPERA CÓMICA.

COMPUESTA EN FRANCES

POR EL CIUDADANO R. ST. CIR.

Y LA MÚSICA

POR EL CIUDADANO BERTON.

CON LICENCIA:

EN VALENCIA:

POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

Se hallará esta con un surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Saynetes y Entremeses, en la Librería de Cuesta, calle de Correos, frente del Parte, y en su puesto, Gradas de San Felipe el Real.

PERSONAS.

Eugenio.	*Matilde.*
Fernando.	*Jorge.*
Madama Volmar	*Pedro.*
Clarisa.	*Aldeanos de ambos sexos.*

El teatro representa el parque de la casa de campo de Madama Volmar cerca de la ciudad de Mantes del Sena: á la izquierda se descubre un brazo del rio, cuyas orillas hermosea el verdor del campo: mas allá unos cuantos sauces de judea, y entre los arbustos algunas rosas que rodean una urna de marmol consagrada á la memoria de Verther: detras un puentecillo de madera, sobre el brazo del rio que atraviesa el parque, y hácia el fondo de un bosquecillo: á la derecha un gran pavellon algo elevado, y cuatro ó seis escalones para subir á él; y á lo lejos otro pavellon en forma de cabaña.

Nota. Habiendose variado, como sabe el público, la letra de la música de esta ópera, despues que corrió por algun tiempo la primera, y fué aprendida de casi todos los aficionados; para que estos tengan el gusto de poseer una y otra y compararlas, nos ha parecido imprimir la pieza con la letra antigua, segun se habia hecho en otras ediciones, y añadir al fin la moderna, marcando con números la correspondencia entre los diferentes trozos de esta y aquella.

EL DELIRIO, Ó LAS CONSECUENCIAS DE UN VICIO.

Varios criados de la casa, labradores y mozos de la aldea, jugando á los bolos, á las bochas, y á los naypes: algunas aldeanas cogiendo flores; unos beben, otros baylan, y todos están en movimiento.

(Nº 1.)

CORO DE ALDEANOS.

Cantemos, juguemos,
bebamos, amemos,
y viva el placer;
pues hoy es el dia
de amor y alegría,
que viva el placer.

Un Labrador. Para ser venturoso
en el amor y el juego,
con el zagal ayroso
debe unirse la hermosa
que inflama el niño Dios.

Las Aldeanas. Si para ser dichoso
Dando el brazo á los mozos.
es preciso ser dos....

Uno. Dos.... tres.... por tierra.
Jugando á los bolos.

Otro. Yo soy primero.
A las bochas.

Otro. Diez: yo he ganado.
A los dados

Todos. Cuánto dinero!
Sale Madama Volmar.

Madama. No jugueis, amigos mios,
A los hombres.
si de Eugenio amais la vida,
que de una esposa perdida
llora la muerte cruel.
Victima fatal del juego,
sin esperanza suspira,
gime, solloza, delira,
y aborrece cuanto ve.

Todos. Ah! perdone Vmd., señora,
Dejando sus juegos.
que ignorábamos su pena;
retirémonos ahora,
no irritemos su dolor.
Se alejan pronto.

Madama. Idos, idos en buen hora,
y no irriteis su dolor.

Sale Pedro con las polaynas cubiertas de polvo, y al entrar en la escena, arrima el palo á cualquier parte.

Pedro. Perdone Vmd., señora, si durante mi ausencia han entrado en el parque los mozos de la aldea: hoy es su fiesta, y no todos saben las penas que Vmd. siente.

Madama. Basta, amigo mio: y bien, que has averiguado?

Pedro. Nada, señora, nada absolutamente. Yo he recorrido las aldeas vecinas, las casas de los labradores que cultivan las orillas del rio, y nadie ha oido ni visto á Madama Clarisa.

Madama. Regocijaos, hombres viciosos! Ve aquí las consecuencias de vuestro proceder! Ve aquí las consecuencias del juego! Mi desgraciada hermana, precisada á seguir á su padre en un viaje á las Islas de América, deja en París á su esposo Eugenio, dueño de sus cuantiosos bienes, para continuar un pleyto de consideracion, y concluir la educacion de un hijo que adoraba. Fatal imprudencia! La infeliz vuelve, y se halla sin marido, sin hacienda, sin hijo... cuanto dolor para una madre! Ay, Pedro! Ay! no hay duda... ella ha ejecutado su funesto designio.

Pedro. Señora, yo ire al cabo del mundo por servir á Vmd.; mas para decir lo que pienso, todo será en valde...
Señalando el pavellon de los escalones.
La locura de su hermano de Vmd. de quien yo cuido; sus gritos, su desesperacion, sus movimientos para detener á su muger, como si la viera precipitar, la mania de buscarla en las aguas del rio todos los dias á las dos

de la tarde; todo esto indica que ha sido testigo de su pérdida; si, su hermano de Vmd. no la puede olvidar; y esta memoria le aflige de continuo...

Enterneciendose cada vez mas.

Desgraciado señor! Yo me acuerdo aun como se presentó hace ocho dias, cuando le trajeron aquí: bañado en lágrimas, fuera de sí, la carta de despedida de su pobre muger en la mano, y sin poder proferir mas palabra, que *ahogada*! *ahogada*! Todos lloraban y esperaban al mismo tiempo: solo yo... ah! yo solo no tenia esperanza ninguna.

Madama. Sensible y virtuoso Pedro, yo te le recomiendo. Nosotros somos los únicos amigos que le compadecen... El padre de Clarisa está en América: Adolfo su hijo ha muerto: ay! el cielo le quitó en su venganza este solo y último bien; y ya no le quedan mas que lágrimas...

Pedro con viveza. Y una hermana respe-

Da la una.

table... Pero ve aquí la hora precisa en que debo asistir á su lado: Ah! señora! crea Vmd. que la dejo por servirla mejor.

Madama. Vete, amigo mio. Observa el régimen que se ha prescrito: cuidado, atencion, dulzura, ejercicio; llevale por los campos, y que suba contigo á la cima del monte, para gozar de aquella admósfera serena y pura, que tranquiliza el corazon y consuela el alma, elevandola hasta su último asilo; pero sobre todo á las dos de la tarde, hora terrible en que busca á su esposa por estas orillas, hora terrible en que piensa ver la sombra de Clarisa junto á esta urna consagrada á Verther, vuelve á su alvergue, y no

Volviendole á llamar.

le abandones. Ah! que se me olvidaba. Hoy es la festividad de la Aldea, las visitas estrañas me incomodarán, conque así que nadie mas que mis criados y familia entre á verme: vete, pues, á ver á mi hermano... vete; pero sobre todo, te lo encargo de nuevo, no te separes de él ni un momento.

Se va por el lado de la casa, y salen Fernando y Jorge.

Pedro. Oh, oh, vaya Vmd. sin cuidado, que yo quiero bien á su hermano de Vmd.: vamos allá... (*para sí.*) vamos á ver á mi pobre loco, los ojos ardiendo en fuego vivo, dibujando en en la pared las facciones de su infeliz muger, mirándome sin vérme, sin hablar... ay de los que no entienden este silencio! Y ay del hombre que le precipitó en su desgracia!

FERNANDO CANTANDO EN VOZ BAJA.

Beber, jugar,
gozar, no amar;
vé aquí el supremo bien.

Amigo, enseñame el aposento de Madama Volmar, que quiero hablarla de un negocio importante.

Pedro. Siento decirle á Vmd. que no recibe á nadie.

Fernando. Oh! tu la dirás que es Fer-

Lleno de confianza.

nando su primo quien quiere verla; y... vamos, corre que aquí te aguardo.

Pedro. Su primo!.. puede ser, pero temo que no se parezcan en el buen corazon.

Vase á la casa.

Fernando. El caserío me parece lejano: dos plazuelas y una larga alameda! Aguardemos aquí. Jorge, toma en tanto un caballo de los que he dejado en el pueblo, corre á la alquería de Croasi, traeme noticias de nuestra hermosa desesperada, y vuelvete al instante.

Jorge. Mi amo sabe que yo le sirvo con exactitud y viveza.

Fernando. A la vuelta harás lo que te he

Con precipitacion.

dicho. Pregunta primero por Eugenio, que se ha desterrado á este desierto, y de quien no he sabido mas despues de sus pérdidas: á las tres nos iremos;

llego á París á carrera abierta: entramos en el paseo el alazan y tú; apuesto doscientos luises, los gano; á las siete á beber al salon: venga aquí vino de los dioses; empieze la banca; juego, gano, arruino á mis amigos; desde allí me marcho á la Ópera, junto mis jugadoras, me encargo de las mas bonitas, aparto las viejas, echo á los maridos; á las once vuelta á la banca, á las tres al parar; dormir cuando se pueda, gozar y divertirse siempre. *Fuera de sí de gusto.* Amigo Jorge, mi alazan y tú sois dos personas incomparables: cuanto te quiero, hombre! y cuanto quiero al alazan!

Jorge. Al alazan bien puede ser: pero á mí, no lo creo.

Imitando la precipitacion de su amo.

Yo he venido á servir á Vmd. por un cambio que hizo con un caballo tuerto, por el cual me dió mi primer amo encima: todos los dias en el paseo apuesta Vmd. á quien mas corre el caballo y el postillon á un tiempo; si me caygo y me rompo una pierna, yo pierdo; si yo gano, Vmd. cobra; si pierde Vmd. al juego, yo sufro el mal humor, y algun palillo de cuando en cuando; si gana Vmd., se va en casa de su baylarina á depositar para siempre el dinero; y yo á la puerta hecho una cantimplora puesto á emfriar, gano por mi parte un resfriado, ó una buena pedrada; gracias á lo mucho que me quiere mi amo. Vamos, que esta es una vida de mil demonios, de mil demonios seguramente.

Fernando. Vaya hombre, que yo me enmendaré; ya no jugaré mas: así como

Riendose.

así cuando pienso en el pobre Eugenio, arruinado y sin recurso alguno, á fe mia que me enternezco: luego, hombre, tengo un proyecto.... aquí si, aquí

Con prontitud.

estarás contento.... Pero á proposito.... y mi accion generosa del otro dia?

Jorge. Oh, ciertamente! Aquella fue una accion muy humana! Mucho; y

Con viveza.

por eso mismo quiero ir á lo que Vmd. me manda: voy por el caballo. Vive Dios, que una buena accion me pone ligero como una pluma, y me da brio para que ganemos todas las apuestas del mundo; pero no mas banca ni treinta y una, ni parar, ni demonios: hay ciertos jugadores, así como Vmd., buenos, compasivos y liberales; pero hay otros que... Dios nos libre.

(Nº 2.)

RECITADO.

La juventud es loca:
pero el amor disculpa su locura,
y luego hay tanto, tanto
marido manso, bueno y complaciente,
y por dichosa estrella
tanta muger, tan fácil y tan bella!

ARIA

El birlan, ese juego maldito,
veces mil fue de Vmd. perdicion:
el que juega se lleva la plata,
la que juega lleva el corazon.
Mas si falta el dinero y la suerte,
á Dios juegos, amigos y amor:
la coqueta nos dice: *yo paso*;
y el amigo nos dice: *no voy*.
Desposáos, señor, y creedme;
una esposa, un amigo de honor
valen mas que el birlan y el cortejo,
engañosos en naypes y amor.
Este mundo es un juego continuo,
en que hay bueno, en que hay malo
y peor:
el placer siempre dice: *yo paso*;
el honor solo dice: *yo voy*. *Vase.*

Fernando. Oyes, corre á Croasi, y vuelve al instante: rebienta el caballo.

Sale Madama Volmar.

Madama. Caballero, es Vmd.... Quien? Fernando! No puedo contener mi cólera! Volvámonos.

Fernando. Como? Tambien mi prima me despide con ceño! No ha recibido Vmd. una carta mia, ni tampoco Eugenio? Yo al ménos no he tenido respuesta, y este silencio es incomprensible para mí. Absorto de su ausencia y de su repentino desaparecimiento, vengo en nombre de la sociedad á informarme de las circunstancias de su fuga, y á consolarle en su tristeza; y para eso me anticipo á Madamas de Vermont y Berville, que vienen á visitar á Vmd.

Mada. Como? Unas mugeres que apenas conozco, y autoras de las desgracias de mi familia! Venís quizá á atormentar, y á insultar á vuestra infeliz víctima?

Fernando. Nuestra víctima! Víctima mia! Que? Por haber introducido en la sociedad á un amigo... porque este amigo se arruina en una partida de juego sin consideracion ni juicio... Yo le compadezco; pero no puedo responder de los caprichos de la fortuna; ni de los celos de su muger, á quien yo no conozco; pero que todos tienen por una loca...

Madama. Detente, insensato! Esa locura es... es la muerte! Conoces á la muger á quien ofendes? Sabes quien es? Ah! Esta desventurada es una madre sin consuelo, que clama por su hijo; una esposa bella y respetable, á quien has robado todos sus bienes, y el mayor de todos en el cariño de su esposo; es un ángel, en fin, sacrificado á vuestros vicios, á quien acabais de asesinar.=Sí, hombre cruel, ha muerto por culpa de vosotros.

Fernando. Cielos! Y es posible que todos ignoremos.... la muger de Eugenio.... que apenas ha llegado á su patria... antes que la hayamos ninguno visto...

Madama. Ha finalizado sus dias con una catastrofe horrible; y Eugenio, el infeliz Eugenio delira de continuo; de modo que no hay esperanza de que jamas recobre su juicio.

Fernando. Será posible! y que indicios!..

Madama. Que indicios! Ah! Toda la naturaleza ha perdido á sus ojos su regularidad y sus gracias. Todo cuanto vé le recuerda su ruina irrevocable, y la pérdida cruel que ha hecho su corazon.

(Nº 3.)

CANTA.

Las rosas cándidas
son á sus ojos
duros abrojos;
el dulce cefiro
es el lamento
de su tormento;
la lluvia plácida
del cielo santo
es solo el llanto
del padecer.

A pena y crimenes
juzga que guia
la luz del dia;
la noche lóbrega
es luto eterno,
y horror de infierno;
la vida efímera,
de jóven rosa
la de su hermosa
triste muger.

Su rostro lívido
piedad inspira
á quien le mira,
que si un frenético
fuego le inflama,
aun siente y ama:
y aquellos bárbaros
que le perdieron,
solo aprendieron
á aborrecer.

Fernando. Yo aborrecer! Ah! eso no; crea Vmd...

Sale Pedro que baja con precipitacion la escalera del pavellon de Eugenio.

Pedro. Aprisa, señora, retirese Vmd., yo no he podido detenerle; hoy está mas furioso que nunca, ha forza-

Poniendose la mano en la frente, como que sufre algun dolor.

do la puerta de su habitacion, y por la primera vez su mano... Ah! yo le perdono. *Se enternece.*

Madama. Pobre Pedro!

Pedro. No, no señora, solamente en el corazon he sentido sus golpes; *Señalando.* por que solo aquí puede herir la cólera de los desventurados. Pero vayanse Vmds.

Fernando. Al contrario, la voz de un amigo... *Á Madama.*

Madama. No, Fernando, su estado, su violencia... fuera de que él necesita de reposo, y tu vista...

Fernando. Obedezco, y me alejo; pero permaneceré dentro del parque.

Vase hácia el vosquecillo, y los demas se alejan.

Una música melancólica, cuya intension aumenta por instantes, y termina con un ruido horrible, anuncia la venida de Eugenio. Este baja al teatro desabrochado el cuello, el pecho descubierto, una media caida sobre el zapato, erizado el cabello, y un retrato colgado al cuello con una cinta negra.

Eugenio. No era la voz de un jugador la que oí aquí, aquí mismo? Qué quieren de mí! Me vienen á buscar en esta soledad, y á robarme el único bien.... que me queda! Este villete de mi Clarisa.... Escuchad, asesinos.... «En fin, Clarisa ha perdido »tu amor, ha perdido á su hijo, y »cuanto amaba en el Universo: yo »muero por mi mano.... por la tuya, »hombre cruel! Un nombre supuesto, »y las aguas del Sena ocultarán eter»namente mi desesperacion, y tu »crímen! Á Dios!... Ay! Derrama »una lágrima, una lágrima sola, y »te perdono." Ve aquí una letra, *En este momento piensa ver una letra de cambio.* hombres insaciables, que ya ha pagado con su vida. Ya habeis cobrado esta letra de cambio, qué quereis mas de mí? Dinero? no le tengo.... amigos? Tampoco! Lágrimas? *Sollozando.* Ah! siempre! Tomad, cobraos en ellas, y os pagaré toda mi vida. Pero.... donde se han ido? Sus voces habian resonado en mi habitacion... pero me engañé! No, allí están, *Gritando repentinamente.* allí están.... Siempre he de ver *Al decir esto se acerca á los arbustos que hay por el parque, y aparta las rosas con horror.* ante mis ojos esta flor odiosa! Vé *Su rostro se anima con el recuerdo de sus antiguos pasatiempos.* aquí, pues, el teatro de sus delicias. Ya los veo, los veo juntos.... *Con una risa horrible.* brillando de alegría.... nadando en el oro.... embriagándose en la copa de los placeres. Deteneos!.... *Su rostro se cambia en terrible, y grita.* Ese oro.... es la sangre de vuestras víctimas! Ese néctar.... las lágrimas de vuestros hijos.... Quereis jugar? Pues bien, yo os daré naypes, y naypes que hablarán. En ellos grabaré el robo, el suicidio, la rui- *Retrocede temblando.* na, la maldicion, la desolacion de las familias. Venid á jugar sobre la sepultura de vuestras víctimas, so- *Despues de una pausa, y mirando la urna.* bre vuestros mismos delitos. Que vengan á jugar sobre la tumba de mi Clarisa.

(Nº 4.)

RECITADO MELODRAMA.

Clarisa mia! Vé aquí donde vendrá *Se llega á la urna.* esta tarde.... cuando las ondas me la devuelvan.... aquí nos reuniremos los tres para siempre!... Este már-

mol frio.... Será un volcan entonces!

Abraza la urna.

Oh cielo! Ya, ya abrasa la urna!

Baja con prontitud al collado en que está la urna.

RECITATIVO.

Mi corazon la abrasa con sus llamas:
el alma de Clarisa,
desde ella sube al merecido cielo
con venturoso vuelo,
y en él las flores celestiales pisa!
Ah! Yo te sigo, esposa!
qué morada apacible es la que miro?
Qué bálsamo respiro?
Y que agua es esta, que de rosas baña
los pimpollos modestos?
Ah, que los llantos del amor son estos!
El virtuoso amigo
asi recoge de su amigo el llanto.
Y lo derrama aquí.. mas, oh portento!
que del tranquilo rio
sale Clarisa, y cesa el dolor mio.

ARIA.

Si hay alguna morada
para el hombre dichoso,
es donde está su amada;
allí solo el reposo
hallará, donde habitan
inocencia y amor.
Si el Dios á quien adoro
en su seno clemente,
recoge al inocente
despues del padecer;
allí veré á Clarisa,
allí la espero ver.

Sale Pedro y se queda detras de Eugenio.

Pedro. Vuelva Vmd. en sí, querido señor. Si Vmd. supiera cuanto me alegro cuando le veo!...

Se tranquiliza poco á poco.

Eugenio. Ah! Eres tu, Pedro? Ahora estoy tranquilo, tranquilo enteramente. Pedro, me parece que hoy no ha sido mi delirio tan largo como otros dias: no es verdad?.... Escucha: yo quiero aprovechar un momento en que me hallo en mi sano juicio, (aunque mi vista está

Sus ojos aun manifiestan el desórden de su cerebro.

bastante turbada todavía) para hacerte una súplica.

Pedro. Diga Vmd., y verá que presto....

Eugenio. Amigo mio, único amigo mio!.... Me parece que ahora poco, cuando me comenzó el delirio, te dí un golpe.

Pedro. Qué? No señor; si no fué nada;

Tapándose con prontitud la frente.

una amenaza por casualidad....

Eugenio. Sí, sí: esta frente acardena-

Indicando la frente de Pedro, que besa con ansia.

lada.... Yo he herido á mi hermano! Á mi amigo! Perdóname! Mi corazon

Con vehemencia.

no desvaria.... la cabeza puede delirar; pero el alma inmortal y reconocida... Oh! Yo lo conozco, buen

Con ternura.

Pedro! Y yo te lo suplico: cuando veas que mi cabeza.... ah! no tengas entonces piedad; enciérrame, amigo mio, enciérrame.

Pedro. Y lo podré yo hacer, cuando sus ojos de Vmd. arrasados en lágrimas....

Enternecido.

Eugenio. No los mires entonces.

Con viveza.

Pedro. Los ruegos de Vmd....

Eugenio. No los escuches.

Pedro. Las manos de Vmd. puestas en cruz, y suplicando....

Eugenio. Átalas entonces, átalas.... Que

Con toda la energía de la sensibilidad.

no siempre tenga yo la desgracia de ser ingrato!

Pedro. Noble corazon!

Eugenio. Pero sobre todo, en aquel instante fatal aléjame de mi hermana.... bien sabes cuanto la quiero. No la aflijamos de continuo.

Empuja á Pedro.

Pedro. Señor!

Eugenio. Perdona: me pareció que eras
Empieza de nuevo su delirio.
Fernando. Ya sabes que entonces.... pero ahora no me engañaria.

Sale Fernando hácia el foro, y se aproxima, aunque Pedro le hace señas de que se retire.

Fernando. Parece que no está muy furioso: provemos.

Aumentándosele el delirio mas y mas.

Eugenio. Oh! No, ahora no me enga-
Cambia de color repentinamente.
ñaria. Yo no se lo que siento.... Es-
Ase á Fernando, que se halla cercano, y le habla sin verle.
cucha. Ha entrado quiza?.... Ah! guárdate de él! Tú tienes hijos, algun dinero, y sobre todo mucha virtud que conservar. Sí, amigo, ciérrale bien las puertas.

Poniéndose la mano sobre el corazon.

Fernando. Ahora conozco en que estado he puesto á mi amigo.

Eugenio. Ah! Sí; yo era su amigo, y aun ahora mismo le perdono. Pero vamos, que todavía no soy digno de compasion. Mira, Pedro: No
Al oido.
sabes que tengo un tesoro? Sí, un
Con una alegria que penetra el alma.
tesoro. El otro dia cavando la tierra
Le lleva á una punta del teatro.
con mis amigos, descubrimos muchos, muchos lotes. En el primero decia *fortuna*, *orgullo*; en otro,
Con acento profundo y melancólico.
Oro, *ganancias al juego*; y en lo mas hondo, allá en el último, decia, *providad*. Oh! Este estaba muy escondido: y sabes lo que hicieron los tontos? Tomaron los primeros, y
Se rie á carcajadas.
me dejaron á mí el último.... Oyes, que chasco se llevaron? No es ver-
Mirando á Fernando.
dad? Lo sabias tú ya?

Fernando. El me atraviesa el corazon! Mi llanto....

Eugenio. No llores, Pedro: no amigo mio: bien que las lágrimas de la
Con dúlzura.
amistad son muy dulces. Ellas vivifican, y calientan.... pero las de un pérfido amigo! Yo no se que
Al decir esto tiembla de frio, y retira la mano, sobre la cual lloraba Fernando.
frio!... tengo helada esta mano, y un temblor tan grande! Vámonos, vámonos, y sobre todo ciérrale bien
Bajo á Fernando.
las puertas....

Quiere irse.

Fernando. Dios mio! Y yo soy el cruel!...

Eugenio. No, no; tú no eres, amigo
Vuélvese, y dice con dulzura sin mirar á Fernando.
mio, sino es Eugenio que lo ha perdido todo, y que debe aun.... que debe! oh!.... Cuanto me atormenta esta idea!.... Mira, Pedro.... Yo te
Siempre á Fernando.
ayudaré en tu labranza de noche y de dia. Y.... yo pagaré.... yo paga-
Hace gestos como si estuviera cavando.
ré.... vamos á trabajar, vamos en busca de nuestros amigos, aquellos buenos labradores....

Anda de una parte á otra, y repite á menudo.

Yo pagaré.

Pedro. Vamos pues: todos le aman á Vmd., y ya están aguardando: como se han de alegrar en viéndole á Vmd.!

Eugenio. Vamos pues... Todos le aman
Repite maquinalmente.
á Vmd.... aguardando.... se han de alegrar!

Pedro. Hoy es la fiesta de nuestros amigos, y tendrán bayle á la sombra de los nogales. Quiere Vmd. colmar su alegría? Pues venga Vmd. á participar de ella.... venga Vmd. á

jugar con ellos.... Sí señor, venga Vmd. á jugar, y siempre estaremos....

Eugenio. Siempre!... á jugar..... ah! Sí, ya me acuerdo....

Pedro y Fernando están en la espectativa de un nuevo acceso de locura; pero Eugenio muda de aspecto repentinamente: manifiesta una fisonomia risueña, y canta con gracia, bien que con ayre descompuesto, el siguiente

(Nº 5.)

RONDÓ.

Beber, jugar,
gozar, no amar;
vé aquí el supremo bien.
Nunca reposo,
vino y amigos,
risas y juegos
hacen dichoso
y yo lo soy tambien.

La segunda vez se desentona, deja caer la cabeza sobre el pecho, se vuelve hácia Fernando sin verle, y cae en los brazos de Pedro, que le saca de la Escena para llevarle á su habitacion.

Fernando. Que situacion, Dios mio! y que leccion para mí tan terrible! Ah! Yo me aborreceria á mí propio, si no tuviera en el corazon algunos recuerdos que me consuelan. No, no, este corazon no está *Con vivacidad y sentimiento.* cerrado aun á la virtud. La sensibilidad se adormece en el tumulto de los vanos placeres; pero despierta al clamor penetrante de la desventura: sus lágrimas corren, y el velo del error cae con ellas: sepamos cuanto antes si Jorge me trae noticias de aquella desgraciada que he librado de.... pero alguien se acerca: quienes serán estas mugeres? Huyamos de su vista.

Se va por la izquierda del Parque.

Se descubren á la derecha del teatro Clarisa y Matilde, que vienen por el puentecillo: varias Aldeanas las rodean: Matilde, que se descubre la primera, hace señas á las Aldeanas de que vengan á sostener á Clarisa.

(Nº 6.)

CORO.

Hoy que la aldea
celebra el dia
con alegría,
danzas, y juegos,
á nuestros ruegos
llegad, amigas,
de nuestro dueño
con el risueño
rostro amoroso
las tristes lágrimas
á consolar;
que solo, solo
la amistad vuestra
podrá enjugar.

Matilde. Yo agradezco, doncellas
Queriéndolas alejar de Clarisa.
simplecillas y bellas,
vuestro afecto inocente,
que confio pagar.
Vuestra desdicha y nombre
Á Clarisa.
les debeis ocultar.
Si vais á nuestra fiesta
Al Coro.
con voluntad honesta
Las hace cortesías.
os prometo pagar.
Clarisa, vuestra pena
Va á llamar, y sale Madama de la cabaña.
pensád en ocultar.

Madama. Es un sueño! mi Clarisa?
Abrazándola.

Las tres. Oh, que dicha! Mas callemos su arrojo
y ——— procuremos
mi culpa,
Á media voz.
su
y — dolor encubrir.
mi

Matilde. Dejadnos, labradoras,
ya en fin os podeis ir.

Las tres. Cesen las penas,
su
pues ya — vista
tu
las
vino — lágrimas
mis
á consolar;
que solo, solo
la amistad grata
puede enjugar.

Coro. Quedad, amigas,
Retirándose.
de nuestro dueño
las tristes lágrimas
á consolar;
que solo, solo
la amistad vuestra
puede enjugar.

Se va el Coro.

Madama. En fin, el cielo te devuelve á mis lágrimas, amada Clarisa! Que prodigio ha podido salvarte de las aguas del Sena?

Clarisa. Un hombre generoso. El cuidado de esta compasiva muger, un *Por Matilde.* asilo escondido y un largo delirio han encubierto mi retorno á la vida.... pero esta vida es un beneficio mas cruel que la muerte.

(Nº 7.)

Matilde. Vaya! Siempre llorando. Vamos, ánimo: en su edad de Vmd. con buenos parientes, buenos amigos, y un buen marido.... que dia- *Á Madama.* blo.... No es verdad Vmd., señora? Para todo hay remedio. Yo apuesto á que el marido de su merced, á pesar de todo, es muy hombre de bien; y en viéndola así.... vamos que aun tendrá algun recurso, y sobre todo un buen corazon.... no es verdad Vmd.? Vaya, dígame Vmd. á donde está. Yo he venido aquí á la propia casa de su hermana con la esperanza de hallarle en ella, porque sé que es el único apoyo que le queda: vaya pues, señora, donde está? No es verdad Vmd. que está aquí?

Madama. Y quien mas que yo le hubiera *Con mucho embarazo.* recogido en su desgracia y su abandono?

Clarisa. Cielos! Está aquí Eugenio? *Quiere irse.*

Matilde. Jesus, cuanto me alegro! Oh!.. Vamos, señorita, basta ya de en- *Á Clarisa.* fado, basta ya: y á que es hacer la desdeñosa, si la alteracion del color, la turbacion, los ojos y todo está diciendo que ese corazoncito perdona? Con todo, esta señorita, aquí donde Vmd. la vé, tan finita y tan delicadita, tiene una cabecita bien dura; y á pesar de mis ruegos no habia forma.... por fin la reduje á que viniera á ver....

Clarisa. Á mi hermana.

Madama. Y tambien á tu esposo; él vendrá á este sitio á las dos en pun- *Suspirando.* to, y vendrá infaliblemente, porque jamas falta. Hermana, es fuer- *Procurando ocultar su turbacion.* za prepararle para que te vea, y lo has de hacer tú misma: tu abatimiento, tu palidez serian á proposito....

Matilde. Toma! Pues si la hubiera Vmd. visto en estos quince dias! Vamos, que el corazon mas duro se hubiera enternecido! Figúrese Vmd. que la traen á mi casa á mas de media noche, como una muerta, en brazos de un señor, muy buen mozo, y de su mismo postillon, el cual señor se habia echado al rio para sacarla de él: apenas me lo dijo, corro y le abrazo como una lo-

ca un millon de veces; porque vamos, una buena accion no hay con que pagarla. Pues como digo, este buen señor la pône en mi cama, me encarga su salud, y saca un bolsillo rebosando plata, como para pagarme los gastos que hiciera nuestra enferma; pero Matilde en estos lances no necesita mas que de éste, y

Señalándose el corazon.

gracias á Dios estoy bien rica. Á fuerza de remedios empezó á respirar al segundo dia. Yo la pregunté si tenia parientes; pero no la pude sacar ni una palabra: ya se vé, la pobrecilla habia padecido tanto! Un sobrescrito fingido, un nombre falso.... menos; ningun indicio de quien era.... Eh! Véame Vmd. aquí hecha madre por fuerza, ó por mejor de-

Con ternura.

cir, por inclinacion. En fin, ayer recobró el uso de su lengua, despues de tanto tiempo; entonces la obligué á que me contase su desgracia, su verdadero nombre, y me rogó por último, que la trajese á Mantes á casa de su hermana, donde en èste momento rebosan la alegría y el llanto por mis ojos.

Abraza á Clarisa.

Madama. Escelente muger! Pero ese caballero mozo....

Matilde. Jamas quiso decirnos su nombre; pero ha cuidado de ella, como si fuera un hermano suyo. Todos los dias caminaba tres leguas por verla, y muchas veces no lo conseguia. Tambien ha hecho mil averiguaciones para saber quien era; pero el nombre supuesto.... en fin, dinero, cuidado, atencion, idas y venidas, señora, todo. Ah! si aquel caballero pierde algun dia sus amigos... yo respondo de su buen corazon, como del de su marido de Vmd.

Madama. Sí, amiga, él es muy digno

Á Clarisa.

de perdon y piedad; presto te con-vencerás de ello.

Matilde. Sí? Pues vamos á verle... dón-de está? Vaya, venga Vmd.

Cogiendo por la mano á Clarisa.

Sale Pedro. Su hermano de Vmd. vie-ne ya; yo iba á abrirle.... No ten-

Madama le hace señas de que calle.

ga Vmd. miedo, que no hace daño á las mugeres. Poco tiempo ha que ha pasado el buen hombre por el bosquecillo, y al verme ha empeza-do á gritar; Pedro, Pedro, ves aque-llos cipreses? Pues él los ha plan-tado: en aquel mismo punto, vien-do desde léjos á estas señoras, se empezó á sonreir, lo dejó todo, y viene hácia aquí. Mas hele allí jun-to á la cascada: hele allí.

Indica el fondo de la Escena y la coluna de agua.

(Nº 8.)

QUINTETO.

Madama. Calla, calla, indiscreto.

Matilde y Clarisa. Qué será este secreto!

Madama. Oh Dios! vé allí mi hermano!

Clarisa. Que has dicho?... Ay! ya le v-
como arrastra los pasos!

Tiembla al verle.

como calla y suspira!
con que dolor nos mira,
y viene el triste aquí!
Yo voy.

Madama. Detente, hermana,
cúbrete. Ya es preciso
romper este secreto.

Baja el velo de Clarisa.

Clarisa y Matilde. Qué será este secre-

Eugenio, clavados los ojos en el cie-lo, y con apariencias de tranquili-lidad y placer, baja al teatro, unas veces besando la carta de Clarisa, otras mirando al rio, otras sonriéndose, otras llorando, y las rodillas débiles y trémulas: repentinamente vé á Cla-risa en un estremo del teatro, y canta.

Eugenio. Allí está, como ayer, la sombra cara
de mi perdida esposa,
mas visible, mas clara,
y para mi tormento mas hermosa:
Mas hoy en vano, en vano
mis tristes ojos engañar quisiste;
allí te espero, pues allí moriste.
Indicando el rio.

Clarisa y Matilde. Oh cielo, que delira!
otro desventurado!
Mírale

Pedro y Madama. ——— cual delira
Miradle
aquel desventurado!

Madama. Tu pérdida suspira,
Á Clarisa.
y enloqueció al dolor.

Clarisa. Á qué precio ha comprado
Fuera de sí
su perdon y mi amor!

Todos. Fernando, está en tu obra.

Eugenio. Á ese nombre la rabia
me inflama en nuevo ardor.
Eugenio corre de una parte á otra, y los demas huyen espantados.
No es él? Padres, esposos,
huid de él con horror.
Se arranca los cabellos, anda fuera de sí, y dá golpes al ayre, como si los diera en Fernando.

Todos. Huyamos de su rabia,
huyamos su furor.

Madama. Clarisa mia, él está incapaz de oir ni entender cosa alguna, ántes de la hora en que te busca por el rio: no perdamos este momento tan precioso, y sigue un proyecto que los cielos me inspiran.

Clarisa. Y podré yo hacerlo, Dios mio!

Madama se retira al foro con Matilde y Pedro, y desde allí observan con cuidado.

Eugenio. Sombra de Clarisa, que todos los dias me apareces en esta orilla, *Á Clarisa.* y pasas, como un sueño! Detente hoy un solo instante para que yo me justifique. Tú me oirás, Clarisa! *La mira con veneracion, y sin osar llegar á ella; la situacion de cada uno es á las puntas del teatro.* tú me oirás! Aquellos hombres pérfidos no saben mas que castigar.... pero las mugeres, sombra de mi *Con ternura.* Clarisa, las mugeres padecen y perdonan.

Clarisa. Sí, sí, es verdad, padecen y perdonan.
Con sensibilidad y viveza.

Eugenio. Loco me llamaban aquellos hombres que se debaten y se devoran en la espaciosa cárcel del mundo; *Indicando su pavellon.* mas en la mia, la buena fe, la desventura, la razon.... Escucha y te diré mi crimen. Una noche me *Los sollozos ahogan su voz.* propusiéron un viage... un lance de fortuna... la felicidad de mi Clarisa... muy á lo léjos... me hiciéron ver un paysage tranquílo y risueño... una senda matizada de rosas... minas de oro aquí y allí... para llegar era preciso hacer *treinta y una*... leguas de camino... aguarda... trein- *Dando un grito.* ta y una! Este número está impreso con caractéres de fuego en mi frente! Empiezo á caminar en compañía de mis falsos amigos, y me entrego á ellos con seguridad y confianza... Pero á muy poco tiempo unos me acometen, otros me hacen pasar del término de mi viaje... me maltratan, me roban; pierdo en fin á Clarisa, vuelvo en mi, y me hallo sin hacienda, sin mi po- *Desesperado y fuera de sí.* bre hijo, y sin mi muger. Y bien! Ellos me asesináron, y á mí me *Despues de una gran pausa.* acusan! Pero no importa; aun tengo en mi poder todos los verdade-

ros bienes.... tus cartas... tu retrato...

Clarisa. Con que Eugenio me amaba !

Eugenio. Todos los bienes ! Y Adolfo?

Con sonrisa y tranquilidad.

Adolfo está en el cielo al lado de Clarisa.

Clarisa. Ah cruel! Mi sueño no es tan

Aparte esclamando dolorosamente.

lisongero como el tuyo.

Eugenio. Silencio: allí está... no le ves

Interrumpiéndola.

allí á nuestro hijo ? Mira, cual se sonrie, y cual nos quiere unir con sus manitas cariñosas: escucha lo que dice: Madre mia, perdona á mi padre! perdónale, que fué engañado! si tu supieras cuánto nos amaba! Sí, madre mia, perdona á mi padre....

Se pone de rodillas.

Clarisa. No, yo no puedo mas; mi corazon me arrastra.

Al decir esto levanta el velo que la cubre y quiere abrazar con precipitacion á Eugenio; pero al primer paso dá el relox las dos con un sonido lúgubre, y fuerte: Eugenio se estremece, y cambia de color: Madama Volmar ase de un brazo á Clarisa, y la lleva por fuerza hácia el foro.

(Nº 9.)

FINAL.

Eugenio. La hora es esta en que aguardo mi Clarisa,
y en que las ondas de este puro rio
me la devolverán: mi alma se lanza
ante la imágen de su cuerpo frio:
mi inquietud amorosa....
ese campo á mis ojos mas ameno;
el cielo mas sereno...
Oh! sí, todo me anuncia en dulce risa,
que hoy la veré de nuevo á mi Clarisa!

Clarisa se apoya en los brazos de Madama Volmar, Pedro y Matilde al lado de ella, Aldeanas en el foro observando con mucha atencion.

Pedro. / *Matilde.* / *Clarisa.* / *Madama.*

Venid
——— Clarisa infelice,
Vamos
pues calmó su pena impía,
y haga el cielo en este dia
la ventura renacer:
su
—
todo anuncia que tu esposo
—
mi
la
—
te podrá reconocer.
—
me

Eugenio Todo anuncia que á mi esposa
hoy mismo volveré á ver.

Madama. Tus ojos, tu dulce acento
calmen su duro tormento,
vuelvan á su alma el placer.

Madama quita el velo á Clarisa, tambien el sombrerillo, y la lleva junto á la urna: Eugenio se acerca á la orilla del agua, á la punta del teatro, á la izquierda.

Eugenio. Justo Dios, que ves el llanto
con que estas orillas riego,
oye con piedad mi ruego,
devuélvemela, señor.

Á media voz á Clarisa.

Todos. Ánimo.

Madama. Que la onda pura,
represente tu figura
como en el acerbo dia
de tu arrojo y su dolor.

Clarisa sube al montecillo, se pone detrás de la urna, é inclina su cuerpo hácia el rio, sosteniéndose en uno de los sauces: ella estará con los cabellos esparcidos, el rostro pálido, un brazo estendido, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, imitando en fin la actitud de Virginia, despues de su muerte, en la Novela de Pablo y Virginia.

Eugenio. Oh cielo! es ella!

Mira el agua en que se vé la imágen de Clarisa, y dá un grito.

inanimada....
mi esposa amada
tiende la bella
mísera mano
clamando ayuda.

Clarisa. Eugenio!

No pudiendo contenerse.

Eugenio. Es ella!
no tengo duda.

Con un grito penetrante.

Eugenio, que oye la voz de su muger, retrocede primero con la mano en la frente, despues se precipita hácia la orilla, en que encuentra á Clarisa que se ha puesto en ella de rodillas, para seguir la idea de que Eugenio la saca del rio: éste la recoge en sus brazos, la saca hasta la mitad del teatro, y cae en brazos de los labradores desfallecido.

CORO.

En que estado le ponen sus penas!
Él se abrasa, palpita y suspira,
arde el fuego de amor en sus venas,
y una mano celeste retira
el cendal que cubrió su razon.

La música denota la alteracion y el desórden de sus ideas, y despues la tranquilidad y el órden que adquieren progresivamente.

Eugenio. No os abrais á la luz, ojos mios,

Con voz débil.

y dejadme en mi dulce ilusion. Yo la toco.

Madama. Su pecho!

Poniendo la mano de Eugenio sobre el corazon de Clarisa.

Eugenio. Ay que es ella!

Madama. Y su aliento....

Acercándola á él.

Eugenio. Me inflama.... y es de ella.

Clarisa. Y su voz....

Eugenio. Yo la oigo! y es ella.

La mano en el corazon.

Todos. Vedla pues.

Eugenio. Oh Dios mio! Que es ella.

Abre los ojos, tiembla, y se echa en sus brazos.

Matilde. } Oh! que dichosa cura!
Pedro. } ya la razon le inspira;
Madama. } y la nuestra se admira
Clarisa. } de verle con razon.

Aldeanos y Aldeanas. Con que ya no hay locura
y su muger respira?
El amor les inspira;
y él cobró su razon.

Fernando y Jorge. Qué es esto? Qué aventura!

Detras de todos.

su Clarisa respira!
Y es ella? Jorge, mira,
tú tenias razon.

Eugenio. Como! tú aquí, malvado,

Ahora le vé.

autor del llanto nuestro
tus armas....

Al oido á Fernando.

Fernando. Ya las muestro:

Con alteracion.

mis armas.... éstas son.

Sonriéndose, y señala á Clarisa, y su corazon.

Clarisa y Matilde. Ah! — mi / su libertador!

Reconociendo á Fernando.

Todos. Él su libertador!

Clarisa. Por que aventura singular ha querido el cielo, que el autor de nuestras desgracias, lo sea tambien de mi ventura y de mi salvacion?

Fernando. Para daros á conocer que los vicios de la juventud y del mundo, no son los vicios de mi corazon: que se puede ser aturdido, jugador, crapuloso, y un compuesto en fin de diversas pasiones; pero al mismo tiempo delicado en su proceder, generoso con todos, tierno con sus amigos, y capaz de caminar por ellos á la muerte, lo mismo que al placer.

Clarisa. Amigo mio, yo le debo la vi-
A Eugenio.
da: olvidémoslo todo, á escepcion de esta leccion terrible, y de la gratitud que le debemos.
Por Fernando.

Eugenio. Mis deudas.... Yo pagaré, yo
Con el mismo tono que cuando deliraba.
pagaré.

Fernando. Ah! No repitas esa palabra!
Enternecido.
Si la casualidad me hizo poseedor de la deuda del juego; vé aquí la deuda de la amistad. Yo venia á
Rompiendo unos papeles.
satisfacerla, rompiendo tus escrituras y recibos, cuando....

Matilde. No se lo decia yo á Vmd. que
Abrazando á Fernando.
era un hombre de bien? Un hombre que siente, que quiere á sus amigos, y capaz de hacer un favor? Es un poquillo loco; y qué importa? Mas quiero yo uno de estos loquillos, que no aquellos hombres puestos á helar, muy si señor, muy serios, y muy frios, que no han hecho en su vida ni bien ni mal: yo le perdono como si fuera un hijo mio: Vmds. tambien le perdonan; no es esto?

Madama. Yo me encargo de todo.... Mi
Á Fernando que da á entender que reusa la oferta.
delicadeza.... mi hacienda.
Á Clarisa y Eugenio.

Eugenio. Y para que la necesito ya? No tengo yo conmigo los verdaderos bienes, una virtuosa muger, una hermana querida, y un verdadero amigo?

Los abraza á todos.

(Nº 10.)

CORO GENERAL.

Que no haya mas juegos,
amantes esposos,
que los venturosos
de amor y amistad;
que haciendo felices,
gana el hombre justo,
sin crímen ni susto,
la felicidad.

LETRA MODERNA

DEL DELIRIO.

(Nº 1.)

Aldeanos y Aldeanas.

El placer de la paz presida
en la fiesta de nuestra aldea,
cantar, baylar, beber,
y todo gusto sea.
Uno. Seis. *Jugando.*
Otro. Cuatro á tierra. *Idem á las bolas.*
Otro. Rey. *Idem á las cartas.*
Otro. As. *Idem.*
Otro. Quien venturoso quiera ser
en cualquier juego,
debe una hermosa compañera
si, si luego escoger.
Otro. Bebed, amigos mios,
y el vino corra.
Todos. Bebed, jugad, cantad,
baylad, viva el placer.
Ah! proseguid, viva el placer;
del dulce amor
gozemos pues
en fiel cadena.
Sale Madama. Idos de aquí
por Dios, amigos mios;
no mas jugar hoy aquí.
Eugenio desgraciado,
en penas sepultado,
allí llora una Esposa
objeto de su amor,
que la muerte horrorosa
sin piedad le quitó:
qué de males padece!
marchad, que en cualquier hombre
solo ve un jugador,
y pierde la razon,
la naturaleza aborrece.

Coro. Perdon si hicimos mal
en aumentar hoy su afliccion.
Madama. Idos por Dios, al punto bajará.
Coro....... Su dolor y su llanto.
Madama. Temed pues su furor.
Coro....... Perdon, perdon.
Madama. Temed de irritar su dolor.
Coro....... Dejémosle y vamonos.
Vanse los Payos.

(Nº 2.)

Jorge. La juventud es siempre loca,
mas debe perdonarse su locura.
Se ven tantas damas muy bellas,
y se ven sus maridos al juego
que cuando pierden pegan con ellas!
mas el Birlan que tanto os divierte
os ha tratado muy mal, señor;
el jugar y el amar á un tiempo roban
el dinero y el corazon;
mas si pasan amor y suerte,
todos huyen del jugador.
Dice la dama, *yo paso:*
y el que juega os dice, *no voy.*
Casaos, pues que lo deseo:
un buen amigo y un buen amor
vale mas que el Birlan y la Banca,
que falso amigo y falso amor.
Señor, este mundo es un juego,
donde hay bueno, hay malo y peor:
el placer siempre dice, *yo paso;*
mas el honor siempre dice, *yo voy.*
Ah! amo mio escuchad, escuchad;
si, casaos; yo lo deseo:
que una muger es lo mejor. Pues...
El Birlan que tanto os divierte,
os ha tratado muy mal señor. *Vase.*

(Nº 3.)

Madam. Blanco jazmin y placentera rosa
son los testigos de su dolor.
El aura siente en su pena,
suspira si ve el rocío;
él llora su amor:
si brilla el sol, es luz
que alumbra el vicio:
la bella noche mira con horror:
muere la flor y es el fin de Clarisa;
el cielo en fin le dá miedo y pavor;
la virtud ama aun cuando delira:
y tu no sabes mas que aborrecer.

(Nº 4.)

Eugenio. Allí: si, ella vendrá
cuando el agua me la devuelva.
Allí; si: y todos tres
nos debemos unir:
el mármol fatal
arderá sin fin.
Oh! Dios! la piedra quema,
mi ardor la pudo ya inflamar.
El alma de Clarisa es que sube al cielo;
ya te sigo.
Que prados amenos!
Corre el agua de flor en flor,
y es el llanto del inocente amor;
la amistad del mortal
recoge el llanto y lo derrama aquí.
Que portento! oh Dios mio!
que mi Clarisa en fin,
sale del mismo rio!
Ah! si es el hombre venturoso,
es donde está con su amada;
y si puede ser dichoso,
lo ha de ser en la morada
de la inocencia y amor.
Ah! si están con el Dios que imploro
el candor y la hermosura,
allí veré la que adoro:
Despues del padecer,
allí á mi esposa la debó ver.
En el viento escuché
resonar su dulce voz,
su voz amante,
su voz que me llama,
ella es... yo la ví...
oh Dios! aquí está.
Esposa... Clarisa... hijo mio...
allí, los dos, están... Clarisa.

(Nº 5.)

Eugenio. Siempre Jugar,
beber y amar,
es el placer supremo;
juego y amor,
hacen feliz,
y yo lo soy
con estremo.

(Nº 6.)

Aldeanas. Si venis á la fiesta del dia,
llegad con libertad,
llegad á aumentar la alegria,
que nuestra ama en su desconsuelo,
necesita de algun consuelo;
llegad con libertad, llegad
á aumentar la alegria;
solo podrá consolar
su dolor vuestra amistad.
Matilde. Yo agradezco el favor,
el favor singular;
algun dia podré
tal vez recompensar
vuestro amor y amistad.
Si á mi pueblo venis,
el honor que me haceis
os prometo pagar.
Que no sepan quien sois: *Á Clarisa.*
será grato á mi corazon *Á las payas.*
de vuestro amor, vuestro favor,
el afecto recompensar;
venid, que esto es lo que interesa: *Á Clarisa.*
y vuestro esposo aquí ha de estar.
Sale Madama Volmar.
Madama. Es un sueño! Clarisa! que placer!
Matilde y Clarisa. Que placer!
Madama. Chis. Ocultemos á estas gentes
su desventura.
Matilde. Su dolor y pesar.

Clarisa. Oh Dios!
Matilde. Andad.
Madama. Andad hermosas payas.
Matilde. Que quiero hablar con libertad
á la señora.
Coro.. Perdon y vamonos,
quedad con libertad
á aumentar la alegria.
Mad. y Mat. { Si ; solo podrá consolar
Coro............ { Solo podrá consolar
Mad. y Mat. { Su dolor nuestra amistad.
Coro............ { Su dolor vuestra amistad.
Mad. { Marchad , marchad;
Mat.. { andad , marcharos ya;
Coro.. { vamonos ya y respetemos la amistad.

(Nº 7.)

Clarisa. No ; no hay esperanza para mí,
pues ya por siempre le perdí:
si , el ingrato , el perjuro
se burló del amor mas puro;
fue á mi corazon
y á mi pasion infiel;
aquel por quien vierto mi llanto,
de mi amor el objeto fue,
en él mi dicha y vida estaba,
y me faltó todo por él.
Era mi esposo , era mi amor,
en él hallaba solo mi placer;
su amor , su amistad perdí.
Oh Dios que pena!
y no me queda que perder:
fue á mi corazon
y á mi pasion infiel;
si , si , le perdí , no hay esperanza,
no hay ya esperanza para mí.

(Nº 8.)

QUINTETO.

Clar. y Mat. Dios! que será este secreto!
Madama. Hombre necio é indiscreto,
tu debias guardar secreto.
Clarisa. Habla: cual es pues el secreto?
Mada. Ah! vele allí mi triste hermano.
Clarisa. Ah! ya le vi; y su pie cansado
arrastra; ya llega aquí: qué silencio!
Ah! yo voy, dejame.
Madama. Tente pues , triste hermana,
y cubrete.
Los tres. { Todo me dá temor.
Clarisa.. { Ah! cual será su secreto!
Todos. Yo palpito , y yo tiemblo,
todo me dá temor.
Sale Eugenio. Allí está.
Los cuatro. Ah!
Eugenio. Como ayer la sombra de Clarisa,
de mi esposa , y para mi dolor,
hoy mas hermosa.
Mas ay! que envano tú,
engañarme quisiste;
allí te espero , pues allí moriste.
Clarisa.. { Dios! cual sufre , cual pena!
Los tres. { Ah! ya veis como pena.
Eugenio. { No envano tu,
Los cuatro. { El dolor le enagena.
Eugenio.... { Me quieres engañar.
Clarisa.. { Acompañe mi llanto su dolor y (quebranto.
Las dos.. { De tu amor nació su llanto.
Pedro.... { El amor causó su llanto.
Eugenio. { Moriste allí, y solo allí te debo encontrar.
Mad. Tu muerte le hizo delirar. *Á Clar.*
Clarisa Ah! yo preferiré su crimen,
á verle sufrir y penar. (tigar.
Los cuatro. Fernando, el cielo te debe cas-
Eugenio. Fernando! que nombre!
él inflama mi rabia. (peranza.
Los cuatro. { Ah! santo Dios sosten mi es-
Eugenio.... { El está aquí el vil traydor.
Los cuatro. { Oh Dios! que furor!
Eugenio.... { Temblad de aquel traydor.
Eugenio. El está aquí, temblad.
Los cuatro. { Justo Dios aplacad su furor.
Eugenio.... { Padres huid de aquel traydor.
Los cuatro. { Aplacad su terrible furor.
Eugenio.... { Hijos huid de aquel traydor.
Los cuatro. { Dios! ten piedad de su / mi dolor.
Eugenio.... { No haya piedad, llegad y ayudad mi furor.
Los cuatro. { Cielos! (furor.
Eugenio.... { llegad, herid y ayudad mi

(Nº 9.)

SEXTETO.

Eugenio. La hora es esta
en que veré al dueño mio,
cuando el placido rio,
su imagen me dará;
ah! que ya mi corazon se lanza
á recibir á su beldad.
Madama. Ven, recobra aliento.
Eugenio. El cielo sereno, y el verde campo
mas ameno,
Eugenio.. Todo me anuncia que Clarisa
volverá.
Mad. *Mat.* *Pedr.*.. Si te vé, con tu amor su dolor calmará.
Los tres. Ya lloró, ya penó su pasion fatal.
Clarisa.. Desgraciada Clarisa! aun te
queda que llorar.
Los tres. Y tu amor el perdon le debe
dar.
Madama. Con tu rostro y tu voz que
amaba tanto,
su pena y llanto debes tú consolar.
Eugenio. Justo Dios! que vés mi llanto y
mi pasion!
oye, señor, mi humilde ruego:
ten ya piedad de mi error ciego,
y á mi Clarisa vuelveme á dar.
Todos. Piedad, señor.
Aquí la ponen á Clarisa en la actitud de Virginia, despues de su muerte.
Eugenio. Gran Dios! es ella inanimada!
Oh Dios! como se agita,
y me tiende los brazos! Esposa!
Clarisa. Eugenio! dulce bien!
Eugenio. Es ella... es un sueño!
Aquí la coje en brazos y se desmaya.
Coro. Oh! cuan cruel su pasion
le maltrata! el dolor
su sentido arrebata,
y el amor parece que rompe,
el velo espeso que cubrió su razon;
todo él se abrasa en nuevo ardor.
Eugenio. No os abrais oh tristes ojos!
y dejadme en mi error;
yo la toco.
Madama. Su pecho, su aliento...
Poniendole la mano.
Eugenio. El me inflama; y es ell
Clarisa. Su voz....
Eugenio. Ya la escuché: y es ella.
Todos. Miradla pues.
Eugenio. Tambien es ella.
Coro. Ah! que placer!
Salen Fernando y Jorge recatandos
que cobró su perdido bien,
la paz y la razon;
su esposa respira,
y el amor le inspira.
Jorge. Si, ella es: y tenias razon;
es su esposa: y él cobró su perdid
razon.
Eugenio. Ah! vos aquí! *Á Fernand*
autor de mi desgracia!
Clarisa. Es mi libertador.
Eugenio. Tu libertador!
Todos. Su libertador.

(Nº 10.)

FINAL.

Coro. Que vuestra union haga eterna amor,
y sed dichosos con su favor.
No mas juegos, que los de amor
en dulce calma;
que pierde su reposo el alma,
sin virtud y sin amor:
huid la senda del error.
Siempre dichosos,
amantes esposos,
gozad del placer de amor.

FIN.